

# ECOS DE UN LUGAR

# ECOS DE UN LUGAR

Fiep van Bodegom  
Verónica Gerber Bicecci  
Zara Khadeeja Majoka  
Nashilongweshipwe Mushaandja  
Ligia Nobre  
Emilia Pardo Bazán  
Amanda Parmer  
Paola Santoscoy  
Salomé Voegelin

Editado por Andrea Ancira y Jorge Munguía

Este proyecto fue posible gracias al apoyo de:

Museo Experimental el Eco, UNAM

Fundación BBVA

Graham Foundation

## ÍNDICE

8 Puntos de partida  
Andrea Ancira / Jorge Munguía

17 Tenemos un problema  
Paola Santoscoy

31 Carta desde un suelo común  
Ligia Nobre

45 La gramática de las ruinas  
Fiep van Bodegom

77 Lo que las sombras pueden  
Zara Khadeeja Majoka

103 La cabeza de Teo a recomponer  
Verónica Gerber Bicecci / Emilia Pardo Bazán

119 Construir un lugar efímero a partir  
del volumen indivisible de palabras  
Salomé Voegelin

137 Respons–habilidades de la visión  
Amanda Parmer

151 Cajas negras y cubos blancos  
como campos de concentración:  
sobre la violencia institucional y  
el trauma intergeneracional  
Nashilongweshipwe Mushaandja

168 Semblanzas

CONSTRUIR UN LUGAR EFÍMERO A  
PARTIR DEL VOLUMEN INDIVISIBLE  
DE PALABRAS

Salomé Voegelin



## HAZ UNA CASA DE TU VOZ

Escribe una descripción detallada del lugar donde quieres vivir.

Ve y párate en el lugar que quieres que sea tu hogar.

Lee o canta la descripción en voz alta.

Muévete al volumen de tu voz.

Este texto es una estructura hecha de palabras, como texturas y símbolos en una página que no estaría aquí sin la luz del sol, los árboles y el agua. La página, las palabras y las oraciones existen como cosas que se pertenecen entre sí, con ellas mismas y con otras cosas. Apuntan hacia un mundo indivisible, donde las cosas no son ‘esto’ o ‘aquello’ sino la consecuencia de sus interacciones y la contingencia de sus relaciones, a través de las cuales construyen un lugar como invención efímera entre todo lo que hay: árboles, agua, papel, bolígrafo, palabras y oraciones.

*Supongamos que devolvemos la luz del sol al sol. ¿Crees que este pedazo de papel sería posible? No, sin la luz del sol nada es posible. El hecho es que esta hoja de papel está compuesta solo de ‘elementos que no son de papel’. Y si devolvemos estos elementos que no son de papel a sus fuentes, entonces no puede haber papel en absoluto.<sup>17</sup>*

Esta breve descripción de Thich Nhat Hahn sobre la interrelación entre la luz del sol y el papel enmarca la consideración de ser como un ser “con todas las otras cosas”.<sup>18</sup> Explica el ser como *interser* y resuena como un ser en el sonido, donde

<sup>17</sup> Thich Nhat Hanh. *The Pocket Thich Nhat Hanh*. Editado por Melvin McLeod. (Boston y Londres: Shambhala Publications, Inc., 2012). 57-8. Ser es interser. No puedes estar solamente solo. Tienes que interser con todo lo demás. Esta hoja de papel se debe a que todo lo demás es (ibid, pág.57). Aunque no se adhiere al contexto budista de la filosofía de Nhat Hanh, su noción del *interser* es útil para articular y desarrollar el ser junto al sonar y escuchar.

<sup>18</sup> Ibid 57.

ya no somos los referentes de nuestros nombres e identidades: el sonido de un automóvil, de una mujer, de un hombre, una casa o un gato, sino la esfera compartida de nuestras voces y la contingencia de sonar y escucharnos, lo cual revela nuestro ser como el ser de uno mismo y también de “los elementos del no ser”.

Este libro, su papel, estas palabras y estas oraciones existen no de forma aislada sino en un abrazo invisible con todo lo que están hechos y con todo lo que conectan. En este marco del *interser* sonoro, los objetos y sujetos *interson* e interactúan para crear el mundo como una interactualidad: un viscoso e indivisible volumen de cosas juntas, cuya realidad se experimenta en su intermedio en lugar de su existencia separada.

Este volumen no es la medida de decibelios sino la amplitud del sonido: la propagación invisible e indivisible de su vibración y densidad. No puede ser conocido desde la distancia, pero necesita ser habitado. Es un espacio viscoso cuyos límites son fluidos en vez de fijos, efímeros en lugar de sólidos, aunque reales como una esfera habitable. En consecuencia, es un cosmos sónico sin paredes, ventanas, pisos y techos, formado sin forma a partir de nuestro ser “con todas las otras cosas”. Como tal, promueve la lectura y la experiencia del lugar no como un sitio arquitectónico planificado y construido, sólido y confinado, sino de agitación, intervencionista, multi-sensorial y espacioso, potencialmente inagotable e infinito.

Un cosmos sonoro tan espacioso puede experimentarse y conceptualizarse más vívidamente al escuchar una alberca pública en una tarde bulliosa, sentada en traje de baño, con las olas en un sitio de líneas inciertas: lleno de salpicaduras de agua, gritos y risas, el sonido de la carne y el agua flotando, extendida en el eco reverberante de un mundo acuático. Aquí el espacio sonoro que se escucha no coincide con el contorno arquitectónico, sino que genera su propia esfera cuyos límites no se definen contra las paredes sino a través de su dimensionalidad invisible, y cuyos objetos no existen uno al lado del otro, sino a través del otro, indivisiblemente captados en la densidad del aire húmedo que me incluye, como un bañista que escucha con otros en su voluminosa espacialidad.

Este volumen es el espacio experiencial y efímero de la expansión material y temporal del medio ambiente. Si bien está casualmente relacionado con su construcción visual, materialidad y contexto, no confirma lo que vemos. En cambio, produce una posibilidad distinta y genera un sentido de lugar como encuentro, produce una “realidad agencial”: una realidad predicativa del proceso y del hacer en tanto promulgación de la diferencia y una reconfiguración de “enredos”.<sup>19</sup>

<sup>19</sup> Con “realismo agencial”, Barad describe su noción de agencia no como una propiedad de personas o cosas, sino como una representación de la diferencia, una cuestión de posibilidades para reconfigurar enredos. Karen Barad, entrevista para *New Materialism: Interviews & Cartographies*. Rick Dolphijn e Iris van der Tuin eds. (Michigan: Open Humanities Press, 2012) 55.

Para realizar tal sentido predicativo de un lugar como los enredos de los elementos de papel y 'no papel' de este libro, necesito leer en voz alta las palabras en esta página y generar un volumen de cuatro dimensiones que, como el mundo acuático, tenga la capacidad de sus sonidos y, a la vez, que podamos escucharlos juntos. Este mundo nos invita a encontrar un sentido habitando el tejido ondulado de las palabras, la realidad de una ubicación efímera y el lugar compartido de su sonido. Esta dimensionalidad compartida revela y agita nuestro *interser*, lo que somos en conjunto como elementos humanos y no humanos de un mundo colaborativo.

Al leer las palabras en voz alta, mi voz vuelve a localizarlas en la página y produzco una esfera indivisible de voz, semántica, respiración y ritmos, que no presenta una forma determinada, pero es viscosa y sin fronteras: un cosmos por el que caminamos, descansamos, y nos afecta y responde a través de nuestro propio *interser* en su indivisibilidad, hecha de carne, agua, aire y huesos.

Sin embargo, este *interser* en el sonido no implica una simple homogeneidad, armonía, o incluso igualdad. Al revelar la coexistencia y la codependencia de las cosas y sujetos como cosas, reconoce su consecuencia y la naturaleza arbitraria de su nombre y existencia objetiva, también haciendo sonar sus asimetrías. Enfocándose en las relaciones invisibles y los procesos que permiten y constituyen cada cosa de manera contingente como un mismo con los demás, un *interser* sonoro

aprecia el potencial de desigualdad y coerción: escuchar a ambos, colaboradores dispuestos e indispuestos en la esfera de nuestro sonar y escuchar; y experimentar un mundo elaborado: comunes sonoros en los que escuchamos también prejuicio, exclusión y rechazo.

Las palabras de una disputa producen un cosmos muy distinto al de un intercambio amable y tierno. Las palabras ejecutan gestos y diseñan el lugar como un volumen indivisible de sonido, pesadas por su significado e intención, ligeras en su ambigüedad e insustancialidad. Un hogar de palabras en una página de luz de sol, árboles y agua crea un edificio sin muros que conecta el mundo. Un hogar que invita a la participación y al deseo de ejercer las sugerencias de su esquema efímero: tocarlas tiernamente con tu aliento o gritarles con voz enfadada. Así, interpretamos una arquitectura de palabras y sonidos que acomoda sujetos y objetos en la interexistencia y hace del mundo un cosmos de cosas. Cada ruido y silencio se suma a este edificio de sonidos invisibles para producir un sitio imaginario que nos emancipa del binario de interior y exterior, modo en que nos definen las paredes.

La arquitectura también se compone de 'elementos no arquitectónicos'. No construye un lugar como una ciudadela, amurallado y definido explícitamente por no ser el exterior, dando forma a la privacidad y a la capacidad de mantener las cosas fuera. En cambio, siempre e inadvertidamente, no puede más que construir conexiones, el *interser*



de cosas y personas, incluso mientras diseña su hábitat delimitado. De tal forma que el muro de una frontera o de una prisión se articulan como conexión, no como separación; y es imposible de definir sin una referencia a aquello a lo que está conectado y mantiene adentro o afuera. Y ahí radica la paradoja de muchas políticas disciplinarias y separatistas o nacionalistas. El muro es una ilusión. Lo que divide es simplemente la falta de imaginación de cómo más podríamos vivir juntos, otras posibles maneras de organizar el mundo y manejar el conflicto. No puede ocultar el hecho de que las cosas *interson*, y así, fortalece la experiencia de interdependencia entre lo que está dentro y lo que queda afuera.

Del mismo modo, de acuerdo con esta lectura sonora de los límites y el lugar, el hogar en el que vivo no me protege y me separa del mundo, sino que me sitúa dentro de éste, en su volumen indivisible. Sus paredes no se dividen, sino que se conectan, demarcan el encuentro y se centran en el intermedio. No me definen por separación sino por el papel que juego en todos los muros y ‘no muros’ que existen. En consecuencia, mi ‘hogar’ como arquitectura sonora y como sitio efímero de identidad y pertenencia define mi subjetividad política. Sus paredes son el movimiento que hago hacia el otro para alcanzar lo que Étienne Balibar llama “multiplicidad interna”, “sin la cual ningún yo podría existir”.<sup>20</sup> Por lo tanto, no son

20 Étienne Balibar. *Violence and Civility, On the Limits of Political Philosophy*. (New York: Columbia University Press, 2015). 61.

la construcción concreta de la división, sino la invención efímera de nuestro abrazo, realizada entre carne y piedra.

Al enfatizar el estar ‘entre’ y la esfera fluida del *intenser*, el sonido amplifica la paradoja de conectar paredes y comprende la inevitabilidad de la coexistencia. Proporciona la sensibilidad y la imaginación para un discurso y una práctica de coproducción y cohabitación, en lugar de apoyar la legitimidad de la división y la gobernanza de un mundo limitado.

En el sonido, un lugar no se encuentra en el interior o en el exterior, sino en la parte de en medio. Es la ubicación de nuestro entrelazamiento en la esfera social entendida como esfera sonora de indivisibilidad. Por lo tanto, el sonido es la conexión que tenemos con el mundo la que desencadena y motiva la manera en que hacemos esta correlación: bailar, cantar, hablar y caminar, esto que aparece visualmente como barrera sólida, a través de lo efímero de nuestra falta de forma conjunta en el sonido.

Sin embargo, si bien estas representaciones son simultáneas, esto no quiere decir que sean iguales o igualmente ejecutables por todos los sujetos y objetos. No todos los sonidos que suponen ser voces de cosas pueden hacerse valer o contar por igual en el espacio, entre estar adentro o afuera. Y en su desigualdad, su sonido y falta de sonido, se revelan las ideologías de una actualidad visual, en la que algunos muros son barreras que rechazan mientras otros mantienen dentro. Algunos pueden

cruzar con facilidad barreras que detienen a otros de forma permanente; unos se ven obligados a moverse contra su voluntad y otros disfrutan de la libertad del movimiento. Como barreras y límites, como objetos no del *interser* sino como significantes de un lugar total, como contorno y línea de parada, la gobernanza de los muros muestra las asimetrías de la convivencia y los límites de un mundo diseñado en mapas visuales y planos arquitectónicos.

Lo visual, como actitud e ideal —más que como posibilidad perceptiva—, limita al *interser* a una cartografía preconcebida y reglas de pertenencia, de ciudadanía y sentido de lugar dentro de un espacio amurallado. Ignora y niega la permeabilidad e indivisibilidad de lo sonoro y reduce la extensión viscosa. Silencia la irregularidad de su melodía y oculta las jerarquías y las asimetrías del lugar en su visión total.

Aunque en realidad no puede romper los límites visuales, muros y barreras, aboliendo su existencia física y su realidad política, la extensión viscosa del sonido en tanto cosmos indivisible y poder de imaginación y sensibilidad es capaz de romper con el estatus y la imaginación de un mundo delimitado. Puede romper la ideología y el sentido de división como la única realidad posible. El volumen sónico nos brinda una visión alternativa, otra forma donde las cosas podrían estar juntas, diseñando invisiblemente un mundo colaborativo cuyas asimetrías no son paredes insuperables sino el decantamiento hacia un sonar y escuchar

distinto. Se trata de volver a escuchar el lugar como la esfera indivisible del encuentro, donde el refugiado, incapaz de moverse, se encuentra con el migrante que se ve forzado a moverse, y con el viajero de negocios que se mueve libremente por todo el mundo, recurriendo a un hogar estable. En su encuentro, las tres narrativas se desarrollan en una dimensión compartida y se hace posible una imaginación diferente. Aquí el lugar no es el del viajero de negocios, el refugiado o el migrante, sino que se crea entre sus historias y movimientos, revelando la forma en que uno está hecho desde el otro y con el otro. Así, se confirma que la realidad no está con ninguno en particular, sino en su intermedio. Es por esto que podemos pensar en la causa y las consecuencias de su simultaneidad, y quizá, comprender las asimetrías de un mundo compartido.

Al escuchar el intermedio, nos damos cuenta de qué voces se escuchan, qué acentos dominan el paisaje, qué intereses están representados en el paisaje sonoro, pero también lo que, a su vez, permanece inaudible, incapaz de hacerse contar, y cómo es silenciado e ignorado. En consecuencia, podemos oír lo que permanece inaudible y traer lo inaudito al lugar de lo efímero.

En este sentido, la arquitectura fija y amurallada ejerce no solo una privación material, sino también política, una privación que, al menos como concepto, es accesible en sonido y cuyo incumplimiento a través de la voz y el sonido, así como palabras y expresión, vuelve a vocalizar los límites mudos para poder mirarlos en una nueva luz.

Esta es la luz del sonido que me hace escuchar un lugar, no a través del sustantivo, el objeto y el sujeto como forma y referente, como esquema y contenido, sino como un espacio 'negativo'. El espacio entre lo cierto, las formas sólidas de las paredes y puertas, en la aparente 'no forma' del encuentro, donde las voces y los sonidos se encuentran y crean contingentemente en lo que parece un espacio vacío, pero se revela como lo único que existe porque, recordemos, los objetos y sujetos son cosas generadas en su *interser*. Esta luz no ilumina el objeto ni el sujeto, sino su intermedio, por tanto, revela su interexistencia como lo vivido entre historias y materiales. Aquí, los caminos se cruzan en el espacio oscuro de un sonido voluminoso para revelar el mundo como cosmos y mostrar las barreras como intentos falsos e inútiles en una lógica singular de distancia y separación.

El lugar en las palabras son las reflexiones, los estruendos, los movimientos del aire y respiración, sonidos y lenguas. Los ecos y las reverberaciones mueven el sentido semántico fuera del alcance de los oídos y hacia huecos más oscuros, y prestan atención al cuerpo que mueve la lengua castañeteando los dientes. El cuerpo es sonido y se encuentra con otros sonidos: el de la mesa, las puertas, los pisos, comunicándose, construyendo ritmos y sugerencias de su propia extensión. La arquitectura de las palabras habladas, como la arquitectura del sonido, cuenta historias y crea mundos posibles que desafían la singularidad de lo que percibimos como real: palabras escritas, paredes, calles y casas que aparentan una

realidad sólida pero que son solo una primera impresión que esconde un sentido vivido. No son una realidad singular y final, sino el rastro fugaz de un habitante contingente del mundo como una extensión invisible, móvil y viscosa que nos permite estar y nos mantiene a todos sin límites visibles en un sitio generativo y recíproco.

Podemos actuar este lugar, cantarlo, bailarlo, moverlo, golpearlo con los nudillos y las puntas de los dedos para sentir la imposibilidad de la distancia y la capacidad de la carne de hacerse añicos. Toc, toc, toc... Y rasgar las paredes. Los pliegues de los dedos se doblan, sangran y duelen con el objetivo de escuchar el intermedio. Grabo en sangre y en huellas de piel ese lugar que el mapa no puede comprender y la arquitectura no construye, sino que tropieza con él, es transgredida e iluminada por el apretado e implacable espacio entre el edificio y el cuerpo, entre el material y la piel, donde la simultaneidad tiene consecuencias físicas y la indivisibilidad ofrece oportunidades para rediseñar el encuentro, volver a imaginar la naturaleza de los límites y las identidades como interser-subjetivo interser-objetivo, habitando la interactividad de un lugar performativo.

Nudillos golpeando, pies tocando, voces cantando, palabras vocalizadas y paredes rasgadas cumplen un análisis forense de lo invisible, como una exploración auditiva del lugar y el cuerpo de la arquitectura. Juntos buscan un punto de acceso en el sitio de interacción, un portal hacia un encuentro distinto del muro y de la carne. No es

una diferenciación, sino una continuación y colaboración que construye el lugar juntando todo lo que hay ahí, humano y 'no humano', con responsabilidad ante los elementos que *interson*, pero sin apuntar a la noción de un todo, un lugar total, que es mayor que su existencia sensorial.

Estos elementos humanos y no humanos son partes mas no componentes del lugar. Agitan la viscosidad invisible del intermedio y abren la audibilidad crítica del mundo a la experimentación práctica: golpeando, tocando, cantando y bailando como la invención práctica del lugar. Estos elementos colaboran sin unificarse en uno. Más bien sobresalen, abren y desafían el concepto del 'uno'. Y así, sonando y escuchando, no me siento en un cuarto homogéneo definido por paredes, techos, puertas y ventanas, sino en el volumen del mundo y la arquitectura de mi ubicación como un lugar heterogéneo y posible mundo de interacción compleja, incluso contradictoria. *Interser*. Aquí la realidad no es centrada y estable, sino que vibra en los márgenes. Es la interactividad contingente de lo que hay: una experimentación de lo real que no tiene referente singular, pero cuya práctica resuena con las posibilidades de un mundo invisible y sin mapas. Un lugar hecho de forma contingente y plural, a partir de sonidos y movimientos, luz, aire, agua y palabras. Este lugar produce una vista performativa a través del enfoque en lo pequeño, lo ligero, lo matizado y lo marginal cuyo poder y autonomía no es el de la definición y la distinción, sino el de una práctica del *interser* y el reconocimiento de su colaboración con otras cosas.

Este lugar performativo del intermedio indivisible da voz y espacio más allá de la certeza de un diseño visual y gobernanza, sus planes y mapas, políticas institucionales y fronteras nacionales, en una convivencia efímera sin techo ni paredes. Viviendo juntos en habitaciones sin ventanas y puertas, que no permanecen como cuartos, sino que se convierten en volúmenes que no representan un sitio arquitectónico, más bien interpretan relaciones y realidades sociales y políticas dentro de un mundo conectado. Esto hace que la arquitectura sea una cuestión de indivisibilidad y posibilidades voluminosas, y proporciona un marco afectivo para una práctica política del intermedio que permita comprender las consecuencias de las relaciones del mundo, manteniendo la posibilidad de una política sensorial del lugar como encuentro y cohabitación.

El volumen sonoro pone en primer plano este *interser* y cohabitación, nos invita a participar, y suena con el discurso contemporáneo acerca del cosmopolitismo: el enfoque político, institucional y ético en la interconexión global, donde la noción de 'un mundo pequeño' se refiere a la idea de que los eventos, personas, climas, sistemas económicos y las vidas culturales en una sola parte del mundo, impactan y ejercen influencia en otros lugares y otras personas y en otras partes del mundo.<sup>21</sup> El volumen indivisible del sonido interpreta ese pensamiento cosmopolita y se invierte en estas interconexiones como

21 Garrett Wallace Brown y David Held en la introducción de *The Cosmopolitanism Reader*. Wallace Brown and Held (eds). (Cambridge, UK: Polity, 2010) 1.

fuentes para la conceptualización de estructuras comunes, valores y prácticas, y para encontrar soluciones potenciales a problemas globales tales como la migración, la guerra, el cambio climático, la explotación laboral, entre otros. Comprende el mundo como comunidades interconectadas y sobrepuestas e intenta hacer que un mundo reflexivo y experimentado no se divida en estados nacionales, como fuerzas opositoras, sino que se viva como en una esfera colaborativa, un cosmos que puede sostener a la humanidad y compartir nuestro planeta. El sitio efímero del sonido crea el imaginario de este espacio colectivo y cosmopolita. Lo hace posible como el lugar de una política afectiva de lo intermedio: donde habitamos un volumen indivisible y negociamos nuestra particularidad, no a través de la separación y diferencia sino en el intermedio invisible.

Este lugar de cosmopolitismo sónico sigue el objetivo de la interconexión global no a través de procesos institucionales o políticos, sino de una sensibilidad material y estética del *interser* y el encuentro. Experimentamos el mundo como una esfera indivisible: practicando una arquitectura performativa que no construye muros ni barreras sino un lugar efímero para el despliegue de nuestro *interser*.

*Ecos de un lugar*

Fiep van Bodegom, Verónica Gerber Bicecci,  
Zara Khadeeja Majoka, Nashilongweshipwe  
Mushaandja, Ligia Nobre, Emilia Pardo Bazán,  
Amanda Parmer, Paola Santoscoy y Salomé Voegelin

Editores: Andrea Ancira | Jorge Munguía  
Coordinación Editorial: Andrea Ancira  
Diseño Editorial: Isabel Sierra  
Traducción Inglés-Español: Alejandro Arras

Buró—Buró  
Primera edición, 2020  
© Buró Buró Oficina de proyectos culturales S.C.  
y autores de su texto

ISBN: 978-607-98419-7-3

Buró—Buró  
Jalapa 27, Roma Norte  
Ciudad de México, 06700

Impreso en la Ciudad de México

